

cobardía me forzaba un instante despues á huir.

— Falta de costumbre, dijo Simon. Escalando los muros aprenden los niños á trepar por las rocas. Comenzad por combates ligeros, ejerceos todos los días en el manejo de armas, batiéndoos con vuestros amigos.

— ¿Tengo yo tiempo? exclamó el joven gefe, asustándose como si se le hubiera presentado á la imaginacion alguna idea espantosa. ¿Cuántos días van hasta el domingo de Ramos? ¿Y qué debe suceder entonces? Un campo cerrado de donde no se puede salir, lo mismo que no puede soltarse el pobre oso atado al poste. Sesenta hombres los mas valientes, los mas determinados, excepto uno solo, entre cuantos pueden descender de nuestras montañas, todos sedientos de sangre de sus adversarios.... Un rey, sus nobles y millares de curiosos, que asisten como á un espectáculo para reanimar su furor infernal.... Los combatientes precipitándose unos sobre otros como seres irracionales; el acero que resuena, la sangre que corre; ellos que se despedazan como bes-

tias salvages; los heridos atropellados por sus mismos compañeros; forma la sangre arroyos, debilitanse los brazos, y allí no puede haber ni conferencia ni tregua, ni suspension de armas, en tanto que haya dos combatientes vivos. No se trata de ocultarse tras el parapeto, de tirar flechas á lo lejos; es preciso combatir cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, hasta que la mano ya no pueda levantarse para sostener este desgraciado combate. Si la pintura sola es tan horrible, ¿qué pensareis será la realidad?

El guantero calló.

— Os vuelvo á preguntar, ¿qué pensais de esto?

— No puedo hacer mas que compadeceros, Conachar. Es duro descender de tan brava linea, ser hijo de tan noble padre, hallarse por derecho de nacimiento gefe de un pueblo tan belicoso, y carecer ó creer que vos careceis, porque aun pienso que la culpa de esto está en una imaginacion demasiado viva que se exagera el peligro, que careceis, digo, de aquella calidad que es herencia de cualquier gallo digno de un puñado de grano, de cual-

quier perro que merece una ralea. Pero, ¿cómo es eso que con esa persuasión de que vos no estais en estado de dar el combate, me habeis propuesto en el instante mismo dividir vuestro rango con Catalina? Vuestro poder depende absolutamente de este combate, y ciertamente que no es mi hija quien puede ayudaros á salir victorioso.

— Os engañais, buen viejo. Si Catalina quisiera corresponder al amor ardiente que por ella tengo, me conduciría esta certeza faz á faz de mis enemigos con el mismo fuego que un caballo de batalla. Por mas bajo que sea el sentimiento intimo de mi flaqueza, el interés que tomara Catalina por mí, me armaría de fuerza. Prometedme, ¡ah! prometedme que será mía, si conseguimos el triunfo, y vereis que Gow, el mismo Gow con su corazón tan duro como su yunque, jamás se habrá batido con tanto valor. Pasión por pasión la mas fuerte vence.

— Eso es locura, Conachar. El recuerdo de vuestro propio interés, de vuestro honor, vuestro nacimiento, no puede infundiros tanto va-

lor como el pensamiento de una muchacha. ¡Quita, quita!

— No me decís cosa que yo no me haya dicho á mi mismo, respondió Eachin suspirando, pero todo es inutil, solamente cuando el ciervo tímido está con su pareja es cuando se pone desesperado y se hace peligroso. ¿Y es esto efecto de mi constitucion, ó como lo dirán nuestras caillachs de las montañas, el de la leche de la cierva blanca? ¿Y será consecuencia de mi educacion apacible, y de la opresion en que vos me habeis mantenido? ¿ó como vos lo pensais la de una imaginacion que se pinta el peligro todavía como mas terrible de lo que es en realidad? Esto es lo que yo no podré decir, pero yo conozco mi flaqueza, y.... sí, es preciso decirlo, ella es tal, que no podría vencerla, y si vos pudierais condescender con mis deseos, bajo de una condicion.... yo no dudaria ni un momento; yo renunciaria el rango á que me hallo elevado, y emprenderia el género de vida mas humilde.

— ¡Qué! ¿seriais por fin guantero, Conachar? Esto es aun mas raro que la leyenda de

San Crispin. No no, vos no teneis la mano para este oficio; no me volvereis á estropear mas pieles de gamo.

— No habéis de chanza, padre mio, yo hablo muy de veras. Si no puedo dedicarme al trabajo, llevaré bastantes riquezas para vivir sin él. Ellos me declararán apostata al son de cornetas y zampoñas; consiento en ello. Catalina me amará mucho mas por haber preferido el sendero de la paz al camino cubierto de sangre. El padre Clemente nos enseñará á compadecernos de la gente y á perdonarla, cuando nos cargue de injurias que no nos harán ninguna herida. Yo seré el mas feliz de los hombres; Catalina gozará de cuanto un afecto sin límites pueda procurarle, y no tendrá por que temer de los espectáculos de horror y los sonidos espantosos que le habria preparado el matrimonio mal adecuado que vos proyectabais. Y vos, padre Glover, sentado con sosiego al lado de vuestra chimenea, sereis el mortal mas dichoso y mas respetable que hubo jamás...

— Parad, parad, Eachin, os lo suplico; la tea

que os alumbra, y con la que debe acabar este discurso, está muy cerca de su fin, y yo quisiera tambien á mi turno deciros cuatro palabras; porque la franqueza es lo mejor que puede haber en un negocio. Sea cual fuere la pesadumbre ó desesperacion que podais experimentar, debo poner término á esas visiones, diciéndoos de una vez que Catalina nunca puede ser vuestra. Un guante es el emblema de la buena fe, y de consiguiente un hombre de mi profesion debe faltar menos que cualquier otro á su palabra. La mano de Catalina está prometida, prometida á un hombre á quien podeis vos aborrecer, pero á quien vos debeis estimar: á Enrique el armero. Este matrimonio es adecuado, conforme á los mutuos deseos de ambos, y yo he dado mi palabra. Mas vale ser franco para con vos: enojaos si gustais; en vuestro poder estoy absolutamente; pero nada del mundo me hará faltar á mi promesa.

Glover no hablaba en un tono tan decisivo, sino porque sabia por experiencia que el genio irritable de su antiguo aprendiz cedia en muchos casos á una resolucion firme y deci-

dida. Sin embargo, acordándose del sitio en que se hallaba, no dejó de sentir algun movimiento de temor al ver se lanzaba por el aire la llama espirante de la candela y extenderse como un relámpago, por el rostro de Eachin, tan pálido como la muerte, al paso que sus ojos se movian como los de un hombre agitado por el delirio de la fiebre. Decayó la luz al instante y se apagó; Simon temió por el pronto si tendria que disputar su vida, batiéndose con un joven á quien juzgaba muy capaz de alguna violencia en sus accesos de ira, por muy corto que fuese su arrebató. Libróse de tal inquietud oyendo decir á Eachin con una voz ronca y alterada:

— ¡Que cuanto hemos hablado esta noche quede sepultado en silencio! Si lo publicas, mejor te será cavar tu sepultura.

Al decir estas palabras se abrió la puerta de la choza, y dejó entrar un rayo de luna. Simon vió al joven gefe que salia, y volviéndose á cerrar la puerta se halló de nuevo á oscuras.

Sintióse el viejo aliviado de un gran peso, viendo se acababa de un modo tan pacífico una

conversacion peligrosa, en que temia haber ofendido á Eachin. Afligióse con todo mucho por la situacion en que se hallaba un joven á quien él mismo habia criado.

— ¡Este pobre muchacho! pensaba él, hallarse así en un puesto tan eminente, para verse precipitado de él con desprecio! Ya sabia yo parte de lo que me ha dicho, porque habia notado muchas veces que Conachar estaba mas dispuesto á disputar y quejarse que á batirse. Pero, sin ser sir William Wallace, yo no puedo concebir esta cobardía excesiva que no pueden superar ni la vergüenza ni la superioridad. ¡Y proponerse por marido de mi hija, como si una muger debiera tener una provision de valor para ayudar á su marido! No, no; Catalina debe casarse con un hombre á quien ella pueda decir: — Marido mio no mates á tu enemigo; — y no con un hombre en cuyo favor deba ella exclamar: — Generoso enemigo, ¡no mateis á mi marido!

Cansado el viejo con estas reflexiones, se volvió á quedar dormido. Despertó por la mañana porque le llamó su amigo Booshalloch,

quien algun tanto turbado le propuso volviera con él á su cabaña por la pradera adelante, cerca de Ballough, es decir del parage hácia donde el Tay sale del lago.

Dijole él que no podia verle el gefe esta mañana, y procuró excusarle, diciendo estaba muy ocupado con los preparativos del combate; que Eachin Mac-Ian pensaba no podia estar Simon Glover con mas seguridad en ninguna otra parte que en la choza de Niel, donde le seria el aire muy favorable á su salud, y que habia dado orden de que nada le hiciera falta.

Niel Booshalloch se extendió sobre estas circunstancias, para paliar la falta de miramiento que mostraba el gefe despidiéndose de su huésped sin darle una audiencia particular.

— Su padre hubiera obrado de otro modo; continuó el guardian de ganados; pero donde podia él haber aprendido mejores modales, este pobre joven, educado entre vosotros ciudadanos de Perth, quienes exceptuándoos á vos, amigo Glover, que hablais nuestra lengua

tan bien como yo, son una raza que nada sabe de cortesía.

Simon Glover, como se puede bien creer, no sintió mucho la falta de miramiento, por la que su amigo estaba tan disgustado. Al contrario, habria preferido la estancia tranquila del buen boyero á la hospitalidad brillante del joven gefe, aun cuando no hubiera tenido poco antes una conversacion con Eachin acerca de una materia desagradable, con Eachin á quien no cuidaba de volver á encontrar por segunda vez. Retiróse, pues, soségado á Ballough, donde hubiera pasado el tiempo con bastante gusto, si hubiera podido estar cierto de que Catalina estaba en seguridad. Hacia sus excursiones por el lago, en un barquito conducido por un mozo montañés, mientras él se divertía pescando con caña. Desembarcaba muchas veces en la isleta, visitaba el sepulcro de su antiguo amigo Gilchrist Mac-Ian, y se ganó la voluntad de los monges presentando al prior un par de guantes de marta y á cada una de las dignidades del monasterio, unos de piel de gato montés. Cortaba y cosía por la noche los guantes

de que hacia estos regalillos, y esta diversion le hacia parecer mas corto el tiempo, en tanto que la familia de Niel se le reunia al rededor para admirar su destreza, así como para oirle las historias y balatas con las que tenia el viejo la habilidad de alegrar la concurrencia.

Débase confesar que el circunspecto guantero evitaba toda conversacion con el padre Clemente, á quien miraba sin razon como el autor de sus desgracias, mas bien que como un ser inocente que participaba de ellas.

— No me arriesgaré yo, decia él para sí, á perder la amistad con estos buenos monges, que tan útiles me pueden ser algun dia, solo por aplaudir sus caprichos. Creo que sus sermones me han hecho bastante mal: no me han vuelto mas sabio y me han empobrecido mas. No, no, Catalina y él pueden pensar como mejor les parezca, pero yo me aprovecharé de la primera ocasion para volver á Perth, como perro á quien llama su amo; me someteré cuanto quieran al saco y cilicio; pagaré una buena multa y me recibirá la Iglesia en su recinto.

Habian pasado tres ó cuatro dias despues que Glover habia vuelto á Ballough, y comenzaba á inquietarse por no haber tenido noticias de su hija, ni de Enrique Smith, á quien pensaba hubiese hecho saber el preboste su plan de retirada, y el parage donde iba. Sabia que el bravo Gow no podia entrar en el territorio del clan de Quhele, visto haber tenido algunas pendencias con estos montañeses, y principalmente con Eachin cuando tenia el nombre de Conachar; pero le parecia que habria podido Enrique enviarle algun mensaje y darle algunas señales de su memoria, por los correos que tanto se cruzaban entre la corte y el clan de Quhele para fijar las condiciones del combate, la marcha de los combatientes á Perth, y los demás detalles que debian concertarse de antemano. Estaban entonces á mediados de marzo, y llegaba con rapidez el fatal domingo de Ramos.

Sin embargo el desterrado guantero no habia vuelto á ver una sola vez á su antiguo aprendiz. Los cuidados que se tomaban en acudir á todas sus necesidades probaban que no se

le habia echado en olvido; pero siempre que oia resonar la corneta del gefe en los bosques, cuidaba de dirigir su paseo por la parte contraria. Una mañana, sin embargo, se halló muy próximo á Eachin, casi faltándole el tiempo de evitarlo, y he aquí como sucedió.

Paseábase él entregado á sus reflexiones, en una plazuela de árboles grandes mezclados de maleza, cuando una cierva blanca salió del bosque, perseguida por dos perros de caza, de los cuales uno la tomó por el anca y el otro por el cuello, tiráronla por tierra como á unos cien pasos del guantero, á quien asustó este incidente repentino. Al mismo instante el sonido penetrante de una corneta y el ladrido de un perdiguero le hicieron saber no estaban lejos los cazadores que persiguieran la cierva, oyendo además sus gritos y el ruido de su carrera en el bosque. Un instante de reflexion hubiera convencido á Simon, de que seria lo mejor estarse quieto donde se hallaba, ó retirarse á paso lento, para dejar al joven gefe la libertad de hablarle, ó proseguir su camino, segun pensare conveniente. Pero el deseo de

evitar la presencia de Eachin habia venido á ser para él una especie de instinto, y asustado de verle tan cerca, se metió y tendió en un matorral de avellanos y acebos, donde se halló perfectamente oculto. Apenas entró allí, cuando Eachin, cubiertas las megillas con los colores que presta el ejercicio, salió del bosque y entró en la plazuela acompañado de Torquil de la Encina, que le habia criado. Este, con tanto vigor como destreza, hizo poner patas arriba la cierva, que aun luchaba con los perros, le puso una rodilla en el pecho, y tomando con la mano derecha las manos de la cierva, presentó al joven gefe con la izquierda el cuchillo de monte para que la degollara.

— No, Torquil, dijo Eachin, encargaos vos de eso, yo no tengo valor para matar una cierva tan semejante á la que me dió de mamar.

Pronunció esas palabras con una sonrisa melancólica, y se le saltaron las lágrimas. Torquil miró por un poco al joven gefe como con sorpresa, y levantando despues el cuchillo, cortó el cuello con tanta serenidad y destreza, que penetró el hierro hasta el hueso. Levantándose en-

tonces, dijo echando una mirada penetrante á Eachin: —Lo que acabo de hacer á este animal lo haria con cualquiera que hubiera oido á mi hijo pronunciar solamente el nombre de cierva blanca, y acomodarle al nombre de Hector.

Si Glover no hubiera tenido antes motivo suficiente para ocultarse, este discurso de Torquil le daba uno muy poderoso para no dejarse ver.

—No puedo disimularlo, padre mio Torquil, dijo Eachin, esto se hará público.

—¿Qué es lo que no podeis disimular? ¿Qué es lo que se hará público? preguntó Torquil admirado.

—Es el fatal secreto, pensó Simon; y si ahora este colosal consejero privado no está en estado de guardar silencio, supongo seré yo responsable de la publicidad que se dé á la vergüenza de Eachin.

Agitado por esta nueva inquietud, se aprovechó al mismo tiempo de su posicion para ver en cuanto le fuese posible, lo que pasaba entre el afligido gefe y su confidente, llevando por este espiritu de curiosidad, que se nos

excita en las ocasiones mas importantes, como en las mas triviales de la vida, y que no puede reprimir siempre el temor de un gran peligro personal.

En tanto que Torquil oia lo que le decia el joven gefe, este se dejó caer en sus brazos, y, apoyándose sobre su hombro acabó su confesion por algunas palabras que pronunció muy bajo. Parecia Torquil al escucharle lleno de una admiracion que le hacia incapaz de dar crédito á sus oidos. Como para estar muy cierto de que era Eachin, quien le hablaba de este modo, levantó al joven de la postura inclinada, tomándole para enderezarle por un hombro, y le fijó los ojos que parecian agrandarse, y casi petrificados por las maravillas que oia. Mudóse de tal modo el semblante del viejo, y tomó un aire tan adusto, luego que oyó las palabras que por lo bajo habia pronunciado el joven gefe que receló Simon le despidiera lejos de si como ente deshonorado, en cuyo caso hubiera muy bien podido venir á caer en el matorral, escondite del guantero, lo que hubiera causado su descubierta de un modo tan trabajoso como ar-

riesgado. Pero las pasiones de Torquil, quien experimentaba por su ahijado el entusiasmo que siempre caracteriza esta especie de relacion entre los montañeses, tomaron otro curso diferente.

— ¡Yo no creo nada! exclamó él; ¡es una falsedad! ¡Esto no puede ser cierto con respecto al hijo de tu padre... al hijo de tu madre... aun menos á mi ahijado...! Yo presento la prenda del combate á la faz del cielo y la tierra, á cualquiera que sostenga ser la verdad. Te han aojado, hijo mio querido, y la debilidad que tú llamas cobardia es obra de la magia. Acuérdomme del murciélagu que apagó el hacha en el instante de tu nacimiento... tiempo de júbilo y pesar. Pero consuélate, mi querido Eachin, iremos juntos á Iona, y el buen San Columba* ayudado de todos los bienaventurados santos, y de los ángeles que han favorecido siempre tu raza, retirará de tu

* El culto religioso de San Columba, ó San Colomban, ha sobrevivido, en las Hébridás, al catolicismo. Véase sobre este santo apóstol de Iona la extraña novela intitulada *le Célibat de Saint-Oran*.

pecho el corazón de la cierva blanca y te volverá el que te han robado.

Eachin le oía con un semblante que haría creer hubiera él querido poder dar crédito á las palabras del que procuraba consolarle.

— Pero, Torquil, dijo él, suponiendo que pueda eso servirnos, ya está muy cerca el día fatal, y si entro en la lid, temo cubrirme de vergüenza.

— Eso no sucederá... ¡eso es imposible! exclamó Torquil. ¡No prevalecerá el infierno tanto como todo eso!... Pondremos tu claymora en agua bendita y sobre la cimera la rebena, el hipericon y el serbal; te rodearemos mis ocho hijos y yo... estarás tan seguro como en un castillo fuerte.

El joven gefe dijo algunas palabras por lo bajo en un tono tan decaído, que Simon no las pudo entender; pero la respuesta de Torquil, pronunciada en alta voz llegó distintamente á sus oídos.

— Sí, puede haber un medio para dispensarte del combate. Tú eres el mas joven de los campeones de nuestro clan... Escúchame y ve-

rás lo que es el amor de un padre, y cuanto le arrastra sobre cualquier otro sentimiento... El mas joven de los que deben combatir por el clan de Chattan, es Ferquhard Day. Su padre mató al mio, y todavía humea su sangre entre nosotros. Yo miraba el domingo de Ramos como el día en que debían desaparecer las trazas de ella.... Pero ¡Atiende bien!... Tú no hubieras creído que la sangre de este Ferquhard Day se hubiera mezclado con la mia si se hubiesen puesto ambas en un vaso, y sin embargo él ha puesto sus ojos amorosos en mi hija única, en Eva, la mas hermosa de nuestras doncellas. Imagínate lo que yo habré experimentado al recibir esta nueva. Esto fué lo mismo que si un lobo de los bosques de Ferragon me hubiera dicho: Dame tu hija en matrimonio, Torquil. Eva no pensó del mismo modo; está enamorada de Ferquhard, pasa los días llorando, y el miedo del combate que debe haber, le hace perder las fuerzas y colores: dígame ella una palabra favorable, y yo sé perfectamente que renunciará de sus padres, de su clan, del campo de batalla, y que se irá con ella al desierto.

— Y ausente ya del combate el mas joven de los combatientes del clan de Chattan; yo puedo, siendo el mas joven de los del de Quhele tenerme por dispensado de tomar en él parte alguna; dijo Eachin sonrojándose del medio vergonzoso que se le proponia.

— Mira, gefe mio, dijo Torquil, y juzga de mis sentimientos para contigo.... Otros pueden inmolar su vida y la de sus hijos por tí: yo te sacrifico el honor de mi familia.

— ¡Amigo mio! ¡padre mio! exclamó Eachin estrechando á Torquil entre sus brazos; que vil y miserable debo yo ser, pues que tengo el alma tan cobarde como aceptar un sacrificio tal!

— ¡No hablemos mas de eso! dijo Torquil; los bosques tienen oidos, volvamos al campo y enviaremos por esa caza... ¡Atrás! ¡aquí! exclamó hablando con sus perros.

Felizmente para Simon el podenco se habia frotado las trencas en la sangre de la cierva, sin lo que hubiera podido descubrir la retirada del guantero en los matorrales; pero habiendo perdido asi una parte de la finura del